hubiera contemplado con asombro la magnífica arcada velada blandamente en la sombra y destellando opacos fulgores de oro y azul, al suave reflejo que le presentaban las aguas heridas por la luna, pero Gaston atravesó el jardin sin mirarle guiado por un impulso invisible, subió la gradería sobre que estaban sustentados los arcos, y entró en una opaca galería.

Al frente del jardin habia una gran puerta que Gaston dejó á la derecha, y se perdió en el fondo de la galería aventurándose en una estrecha escalera de caracol.

A pesar de no recatarse Gaston, sus pasos no resonaban sobre los peldaños de mármol, del mismo modo que si hubiera sido una sombra, y asi silenciosamente atravesó otra galería, penetró por otra pequeña puerta y se encontró en un recinto oscuro, tras un tapiz que correspondia á un retrete alumbrado por una lámpara.

Detúvose entonces contenido por el mismo impulso misterioso que le habia conducido hasta allí, y lanzó sus ávidas miradas al retrete al través de la abertura del tapiz.

Sus mejillas se enrojecieron, sus ojos centellantes lanzaron fuego, su mano empuñó convulsiva el alfange, y un estremecimiento terrible agitó su ser.

En el fondo de aquel retrete, sobre un divan, velada por pabellones de gasa y por el blanco humo de pebeteros de oro, indolentemente reclinada en los almohadones, y con la ardiente mirada fija en la puerta tras la cual se ocultaba Gaston, que no podia ser visto cubierto por el tapiz estaba Schamsul-llemal, mas hermosa que nunca escuchando con abandono á Muza, que á poca distancia de ella, sentado en una alkatifa y recostado en el divan, miraba apasionado á la jóven.

Parecia que en aquel silencioso retrete volaba el genio de los amores misteriosos; el ambiente, la luz, los perfumes, los muebles, aun las mismas formas del retrete sostenido por grupos de columnas, con fondos labrados de oro y colores, con su alta cúpula casi perdida en la oscuridad, su frente de mármol en que un blando surtidor murmuraba ténuemente, las brisas que agitaban los tapices y venian á saturarse en los perfumes, todo era allí voluptuoso y fascinador, todo convidaba á amar.

Y ella, envuelta en su blanca túnica menos blanca que su tez, con las trenzas de sus cabellos desordenadas por las fatigas de aquel dia terrible, con el prestigio fantástico de su sin par hermosura, deslumbrante, indolente, enamorada, era un arcángel del sétimo cielo, sobre cuyo redondo seno, Allah, satisfecho de su hermosura, habia colocado el brillante y protector talisman signo de su poder.

Y Muza no era ya el guerrero de semblante adusto, de mirada amenazadora y altivo talante; sus ojos se posaban ávidos en ella, devoraban uno á uno todos sus encantos, absorbian el misterioso ser de la niña, y no se veia en ellos otra cosa que la espresion de un amor insensato, superior en él á sus creencias, á sus odios, á sus deberes; habia olvidado la vision de los Siete Siglos, y habia caido sin fuerza ni voluntad ante Schamsul-llemal, como en otro tiempo el sabio rey Salomon ante la hermosura de la reina Saba.

El arnés damasquino y las armas del emir arrojadas entre las flores y los pebeteros, lanzaban siniestros reflejos, cual si las empañara aquel ambiente de perfumes, de molicie, de voluptuosidad.

Callaban entrambos perdidos en sus recónditos pensamientos; ella con el alma entera reconcentrada en el recuerdo de Gaston; él mudo de admiracion, de pasion, de felicidad.

Cada vez que una ráfaga mas fuerte de las brisas hacia oscilar la luz de la lámpara, agitando al par los anchos pliegues de la túnica de Schamsul-llemal, desordenando parte de sus cabellos destrenzados, arrojando sobre el emir el suave aliento de la hermosa jóven, parecíale ver descorrerse el velo del infinito, que un espíritu inmortal y poderoso le mostraba las huríes y las hadas pasando sobre blancas nubes al rayo de la luna, con las túnicas flotantes y los cabellos sueltos como una aureola de ambrosía, y su alma se envenenaba mas y mas, y su respiracion era mas ardiente y su pensamiento mas insensato.

Y asi pasaron largo espacio, ella la mirada fija en el tapiz que ocultaba á Gaston, el emir anegado su espíritu en el ser de Schamsul-llemal.

Pero como si su alma hubiera sido estrecha para contener tanta emocion, como si un poder superior le hubiera lanzado á la jóven, suspirante, frenético, asió una de sus manos, la cubrió de ardientes besos, y pretendió rodear su talle gentil; pero, como si la hubiera mordido una serpiente ponzoñosa, Schamsul-llemal dió un grito; desasióse de Muza, y se puso en pie de un salto, fiera, irritada, amenazadora, con la mirada centellante fija en el emir, que habia quedado prosternado á sus pies.

Gaston quiso adelantar, gritar, colocarse entre Muza y Schamsul-llemal; pero un poder invencible dominaba sus movimientos y su voz.

—¿Quién eres tú, dijo Schamsul-llemal á Muza, que te atreves á tocar mis manos? ¡Ah! ¡el emir Muza Ebn-Abil-Gazan! ¡el guerrero que se aduerme junto á una mujer, entre flores y perfumes; mientras los cristianos corren la vega, mientras que los traidores levantan quizá el puñal ocultos entre los tapices del divan donde duerme el rey!

—¡Yo te amo! dijo con voz conmovida Muza.

Schamsul-llemal no amaba al emir, pero tampoco le aborrecia; si como amante le rechazaba, como valiente, como caballero, le prestaba el tributo de admiracion que nadie le habia negado, entrando en cuenta sus mas encarnizados enemigos.

Schamsul-llemal suavizó su acento, miró sin ódio á Muza, y dijo:

—Levántate, emir, ¿qué quieres de mí? Yo no puedo amarte, pero puedo protegerte, hacerte invencible, darte el poderoso talisman que rodea mi cuello, y lanzarte como un rayo sobre tus enemigos. Puedo ser tu hermana, Muza, pero tu esposa jamás.

—¡Oh! y yo quiero tu amor, contestó el emir, levantándose y adelantando hasta la jóven que retrocedió. ¿Qué me importa el rey, ni Granada, ni los siete cielos de Dios, si no te tengo á tí, luz de mi alma, blanca gacela que atraviesas el desierto de mi vida? Amame, y yo seré tu esclavo, y romperé mi espada por tí, y me encerraré contigo hasta la muerte en el mas hermoso y sombrío retrete de mi alcázar.

Habia llegado la hora de la prueba para Muza: de la fuerza de su corazon, estaban pendientes su porvenir y el de su patria; y sin embargo, el desdichado cedia á su destino funesto; todo lo habia olvidado, solo tenia ante sí á Schamsul-llemal incitante en su pudor y en su orgullo, altiva y afable á la vez, radiante, embellecida por el genio enemigo del Islam.

Schamsul-llemal tembló por la razon de Muza.

—¡Despierta, emir! le dijo, ¡despierta! un espíritu tentador te envuelve en sus alas. ¡Despierta y créeme! ¡mi amor jamás será tuyo!

—¡Nunca! murmuró Muza aterrado.

—Nunca, emir, le contestó dulcemente Schamsul-llemal.

Muza bajó la cabeza anonadado; sus brazos se tendieron á lo largo de su cuerpo, y temblaron sus rodillas.

De repente levantó la cabeza, sus ojos radiaron con la sublime espresion del entusiasmo tan frecuente en ellos, soltó una larga carcajada, y miró de hito en hito á la jóven.

Muza habia dado el primer paso en la terrible senda de la locura.

—Sí, es verdad, dijo á Schamsul-llemal, la patria me llama; el rey necesita un amigo, los nazarenos un castigo á su insolencia; sí, es verdad, añadió asomándose á un agimez y mirando al lejos en la distante vega; allá entre lo oscuro veo las luces de su real; ¡duermen tal vez! ¡que toquen al arma! quiero arrojar á los cristianos mas allá de las fronteras; y luego entrar por su tierra y llegar hasta Aragon y Castilla. ¡Oh! y cuando yo sea rey, cuando vuelva rodeado de la aureola de mi gloria,

ella me amará, porque las hermosas aman á los valientes. ¡Oh! sí, yo conquistaré su amor anegando hasta las cinchas á Samyel en sangre de cristianos.

Y lanzó otra larga carcajada.

Schamsul-llemal se estremeció al medir el inmenso abismo del amor del emir: un silencio profundo siguió á su risa insensata.

De repente sus ojos se dilataron, pasó la mano por su frente, miró en torno suyo como si despertase de un sueño, y la luz de la razon volvió á aparecer en sus ojos. Schamsul-llemal, que le observaba, respiró como aquel á quien alivian de un gran peso, y se sentó en el divan.

Muza recordó entonces la vision de los siete siglos, vió en el cuello de Schamsul-llemal el talisman salvador, y por un momento el amor al rey y á la patria dominó en su corazon.

—He soñado, dijo á Schamsul-llemal, avergonzado de su debilidad, me he olvidado por tí de mis deberes de muslim y de caballero. ¡Oh! ¡por Allah! ¡antes que todo es necesrrio salvar á Granada! Dáme tu talisman, Schamsul-llemal, y yo te juro olvidar mi desdichado amor, y pasar á una tierra estraña y morir en ella despues que haya vencido á los cristianos.

Si un momento antes hubiera hecho á la jóven tal demanda, el talisman hubiera tornado invencible á Muza, pero despues de la lucha anterior tuvo miedo de despojarse del amuleto que la protegia, temió ser objeto de la violencia del emir, y tembló al pensar que la sangre de Gaston podia ser vertida por su imprudencia.

Muza vió una negativa en el silencio de Schamsul-llemal, se irritó, y con la irritacion volvió á su demencia y su furor.

—¡Oh! esclamó, ¡ni tu amor, ni mi honra! pues bien, yo te arrancaré esa joya preciosa, y serás mia, esclava, y venceré. ¡Por que tú eres mi esclava! ¿lo entiendes? gritó arrojándose á Schamsul-llemal.

Gaston tembló de cólera tras el tapiz, pero como antes se encontró sujeto y sin voz.

Pero sin su ayuda la acometida de Muza fue inútil, parecia que rodeaba á la jóven un círculo de diamante.

El emir conoció su impotencia, y se arrojó sollozando á los pies de Schamsul-llemal.

—¡Oh! tú, quien quiera que seas, la dijo, mujer ó genio, ángél ó demonio, vuélveme la paz de mi corazon ó esterminame.

El acento de Muza era desesperado; Schamsul-llemal vaciló, y puso la mano sobre el talisman, pero acordóse de Gaston, del amor furioso del emir, y tembló.

SE ARROJÓ SOLLOZANDO Á LOS PIES DE SCHAMSUL-LLEMAL.

—No, dijo retirando su mano del broche del collar; ¡que se cumpla tu destino, emir!

Muza lanzó una mirada de inmenso sufrimiento á la jóven, se levantó lentamente, tomó su espada y su lanza, rodeó á su brazo el almaizar en un movimiento desesperado, y esclamó, lanzándose fuera del aposento por otra parte frontera á aquella en que estaba oculto Gaston.

—¡Que se cumpla la voluntad de Allah!

Y frenético, con el corazon desgarrado de dolores, y la desesperacion en el alma, salió fuera de la galería y del jardin, cabalgó de un salto en Samyel, se arrojó á la carrera sobre el camino de la ciudad, y se perdió entre las brumas y el silencio de la noche.

Cuando dejó de resonar la carrera de Samyel, Schamsul-llemal corrió á el tapiz que ocultaba á Gaston, le asió de una mano y le introdujo en el retrete.

—¡Oh! esclamó la jóven arrojándose en sus brazos, ¡á tí sí que te amo!

Gaston palideció de amor, cogió entre sus manos la cabeza de Schamsul-llemal, la contempló con delicia, y dominado aun por el recuerdo del acontecimiento anterior murmuró, midiendo por su felicidad la inmensa distancia que separaba su fortuna en amores de la del emir:

—¡Infeliz Muza!

—¡Oh! sí, ¡desdichado! contestó Schamsul-llemal, desprendiéndose de los brazos de Gaston y sentándose en el divan.

Los dos eran generosos, Schamsul-llemal debia su libertad á Muza, y Gaston habia sido objeto de su amistad. Entrambos respeteban y amaban al emir con el amor de la admiracion: pero eran jóvenes, enamorados, estaban solos, y aquella impresion penosa duró en sus almas lo que dura en la superficie de un lago el ondulante círculo causado por la caida de una lágrima.

Despues se entregaron sin reserva á su amor, amor naciente, pero inmenso, amor al que habian nacido predestinados, y cuya pureza no manchaba el recuerdo de otros amores. Amor invencible, revelado en la primera mirada, espresado en el primer suspiro, contenido solo un momento ante las miradas estrañas; pero impetuoso, rico de sensaciones y de delirios, de sueños purísimos y de goces inmensos; entonces que estaban libres, porque los esclavos y los guardas dormian, como si un genio protector de los enamorados hubiese arrojado sobre su párpados el mas profundo de los sueños.

Y entregados á su felicidad, reian como locos y lloraban como niños y la luz de la lámpara para amortiguarse envidiosa de tanta dicha.

Y ni uno ni otro se contaron su historia ni pensaron en el porvenir; porque el presente llenaba sus almas, y les envolvia en sus alas la hada de los amores, y gozaban hasta lo infinito la parte de locura y de olvido de las penas humanas, que Allah ha concedido al hombre para darle un solo momento de paz en su larga y penosa peregrinacion sobre la tierra.

Pero en medio de este sueño de amores, hasta el centro del silencioso retrete, conducido al través de los agimeces por las alas de las brisas, llegó el sordo rumor de pasos de caballos, el crugir de armas y el murmullo sordo de algunas voces á poca distancia del pequeño alcázar de Muza.

Gaston fué á un agimez, y miró al campo en direccion á donde sonaba el rumor de las voces; entonces vió mas allá del laurel por la parte occidental, sobre el camino de la ciudad, una pequeña casa en que no habia reparado á su llegada; junto á ella, heridas por la luna, lanzaban destellos las armas de algunos soldados moros, se oia el relincho de los caballos y el ruido de las armas de los soldados que habian descabalgado. Schamsul-llemal miró tambien aquella gente.

—Nos guardan ó nos espían, dijo la jóven. ¡Oh! añadió dándose un golpe en la frente. ¡Tengo un deseo! ¿por qué no salir de este retrete burlando su vigilancia? ¡mira, la noche está serena! ¡las auras soplan mansamente! ¡llévame, Gaston mio, sobre el lomo de tu caballo, reclinada entre tus brazos, al través de esos campos al rayo de esa luna! ¡me sofocan los perfumes de que siempre me han rodeado, pesan sobre mí las cúpulas, me ahogan los muros! ¡Llévame, Gaston mio, sobre tu corcel! ¡que respire yo tu aliento, con las brisas impregnadas de aromas de los campos!

—¡Oh! ¡si aconteciese una desventura! observó Gaston.

—No, no, mi talisman te protegerá, dijo Schamsul-llemal desprendiéndose del collar y poniéndole en el cuello de Gaston. ¡Oh! qué hermoso estás, amado mio; parecen luceros tus ojos, y una aureola de luz circunda tu frente. ¡Cuánto te amo!

Y en verdad que Gaston, ataviado con las galas del rey, rodeado su cuello por el talisman, cubiertos sus rubios cabellos por el bonete de púrpura, adolescente casi, con semblante de niño y mirada de valiente, hubiera inspirado amor á otra menos predispuesta á amarle que Schamsul-llemal.

Y además de esto, apenas el collar estuvo prendido á su cuello, Gaston sintió un estremecimiento poderoso; parecióle que una llama ondulante rodeaba su cabeza y lamia sus formas, que luego se infiltraba al través de su piel, encendia su sangre y se concentraba en su corazon;

sintióse mas fuerte, mas audaz, mas enamorado; asió á Schamsul-llemal por la cintura, la levantó del suelo como el viento levanta una hoja seca, y salió con ella fuera del retrete, de la galería y del jardin; llegó al laurel, desató su caballo, puso sobre el arzon á Schamsul-llemal y cabalgó.

Entonces la jóven rodeó su cintura, reclinó la cabeza en su hombro, y el caballo caracoleó relinchando alegre, corrió sin direccion abandonado á sí mismo, dilató las anchas narices, sus largas crines se levantaron abriéndose como el penacho de una palmera, irguió el cuello, y se lanzó á la carrera atravesando la vega, saltando acequias, salvando vallados.

Y los cabellos de Schamsul-llemal, destrenzados enteramente por aquel violento empuje, envolvian la cabeza de Gaston, y su túnica crugia ondulando junto al almaizar del jóven, y sus manos se enlazaban estrechamente, y sus alientos se confundian.

Y allí, donde habia un arroyo murmurador, á la sombra de una acacia, bajo las estalactitas de una gruta, en las vertientes de la sierra, Schamsul-llemal hacia detener á Gaston, y se deslizaba con él del caballo, y loca de alegría lo llevaba corriendo al través de los bosques, ó en el seno de los valles, ó sobre la cumbre de los collados.

Y se sentaba fatigada, y tornaba á cabalgar, y decia á el jóven trémula de amor y de felicidad:

—¡Corre, Gaston mio, corre! ¡mas aprisa, que el viento mezcle mis cabellos con tus cabellos, y tu túnica con mi túnica! ¡Corre, Gaston mio, corre!

Y el enamorado mancebo clavaba los acicates en el hijar del bruto, y éste, como avergonzado de que hubiesen castigado su pereza, redoblaba su carrera, y corria sin saber á dónde, suelta la rienda, y cubierto de sudor.

Y asi, ora recostados sobre el césped, ora conducidos por el caballo, pasaron una noche de amor y de locura, sobre aquellos campos en que se posaba sangriento y fatídico el espíritu de la guerra.

Al cabo la aurora orló con una blanca faja de luz la cumbre de las sierras; cantaron las aves en sus nidos, y un ruido sonoro se levantó en los lejanos confines como el hálito del hemisferio que despertaba sacudiendo el manto de la noche.

Granada empezaba á destacar sobre su cabeza de montes su corona de torres, y en las mezquitas de las aldeas, no incendiadas aun por los cristianos, los muedenes llamaban á la oracion de azobih.

Schamsul-llemal despertó tambien entre los brazos de Gaston, y le dijo sonriendo y suspirando á un tiempo:

—Amado mio, es preciso separarnos; condúceme á mi última cárcel.

—¿Y por qué no al real de mis reyes? repuso Gaston.

—Es preciso que se cumpla mi destino, contestó ella; condúceme.

Gaston, para quien eran leyes los deseos de Schamsul-llemal, colocóla sobre el arzon, cabalgó, condújola en una carrera á la casa de la Azubia, y detuvo su caballo en el bosque de laureles.

Entonces se entreabrió el tapiz que cubria una ventana de la pequeña casa situada junto al camino, y asomó la cabeza de Sidy Alhamar, sombría y pálida por efecto de la velada, y clavó su vista en el grupo de los dos jóvenes.

Gaston estaba vuelto de espaldas; ella, á caballo aun, mostraba su hermoso semblante vuelto hácia Gaston y sonriéndole, mientras desprendía de su cuello el talisman que colocaba en el suyo. Luego puso sus manos sobre los hombros del jóven, y sostenida por él se deslizó hasta el suelo.

Gaston la sostuvo un momento entre sus brazos, inclinó su cabeza hasta el semblante que Schamsul-llemal le presentaba, y un doble y sonoro beso resonó entre los laureles

Gaston la dejó en tierra, y ella se alejó ligera y vaporosa entre el bosquecillo de laureles, volvióse, saludó al jóven con la punta de su velo, y se perdió rodeando la cerca del jardin.

El capitan entonces se cubrió la cabeza con el capuz del almaizar, afianzó su pica, envolvió el caballo, y se lanzó á toda carrera en direccion al real de Santafé.

Entonces se abrió la puerta de la casa vecina á la de Muza, y salió el hombre del ropon negro velado el semblante con la toca amarilla, se detuvo un momento mirando al ginete que se alejaba, y murmuró:

—Sí, es el rey, reconozco su almaizar, su caballo y su pica. Por el Koram, Abou-Abdallah, que poco he de ser, ó he de pagarte á puñalada por beso.

Luego se acercó al sitio donde se habian despedido los dos jóvenes, cortó una hoja de laurel de la enramada que habia rozado con su túnica Schamsul-llemal, y tornando á la casa, salió poco despues de ella montado en un asno y seguido de un alférez y diez almoravides que conducian sus caballos de la brida.

Cerróse la puerta por dentro, cabalgaron los ginetes, y siguiendo al hombre del asno, entraron en Granada por Bib-Ataubin, cuando el sol se levantaba ya en los horizontes.

XIV.

Y asi pasaron una tras otra con aquella noche seis noches mas.

Al trasmontar el sol de cada tarde anterior á ellas, el emir salia de Granada ginete en Samyel por Bib-Ataubin, y se dirigia á la Azubia.

Poco despues, caballero en su asno, escoltado por el alférez y los diez almoravides, el hombre de la toca seguia paso á paso el mismo camino que habia tomado el emir á la carrera, y llegaba despues de oscurecido á la casa vecina á la de Muza, llamaba á su puerta y la puerta se abria.

Subia él á los retretes interiores, dejando en el patio á los almoravides, que por cierto no dejaban de murmurar del rey por haberlos entregado al capricho de aquel astrólogo, que les hacia pasar sendas horas al sereno espuestos á los frios aires de la sierra, y lo que era peor, á las algaras de los cristianos que no cesaban de incendiar aldeas, matando á las cuadrillas de moros que por imprevision ó temeridad se aventuraban en la vega; pero el astrólogo sin cuidarse de hablillas se posesionaba de un agimez, y pasaba en él la noche, no consultando las estrellas segun creian los soñolientos almoravides, sino fijando la vista al través del bosque de laureles en la casa de Muza, donde se albergaba Schamsul-llemal.

Y aquellas cinco noches como la primera, Muza habia suplicado en vano á Schamsul-llemal, y se habia irritado tambien en vano, y al fin habia salido mas loco y mas triste de la casa; dejando tiempo y libertad á Schamsul-llemal para delirar en los brazos de su amado, de quien se despedia con un beso siempre al amanecer, volviendo loca y alegre á su retiro.

Y aquellas cinco alboradas como la primera, el astrólogo habia creido reconocer en Gaston al rey, y habia cortado una nueva hoja en la enramada que habia rozado la túnica de Schamsul-llemal.

Y llegó la oracion de almagreb de la noche sétima, y Muza desesperado, demente, se levantó de su divan de pieles de tigre donde yacia postrado por la fiebre, abrió las arcas de su tesoro y sacó de él el cofrecillo de la sultana y el de ágata donde guardaba las siete hojas de laurel.

Sentóse en la alfombra y puso ante sí los cofrecillos.

Su mirada era insensata; una palidez enfermiza cubria su semblante, sus ojos se habian hundido, y en sus mejillas las lágrimas habian señalado un surco de fuego.

Abrió el cofrecillo de hierro y sacó el retrato; luego tomó el rizo de cabellos, le besó con emocion, guardóle en su seno, leyó lentamente una

tras otra las cartas, púsolas con el retrato, cerró el cofrecillo de la sultana, y abrió el de ágata.

De sus labios salió un grito ahogado; el decreto del destino se cumplia; por cada vez que se habia arrastrado á las plantas de Schamsul-llemal habia perdido una hoja; de las siete solo quedaba una en el cofrecillo.

—Pues bien, á la lid, dijo recobrando en fuerza de su desesperacion la energía de su carácter; no caerá Muza sin luchar. ¡Hola! ¡Abd-el-Kerim!

Un momento despues apareció el katib á la puerta.

—Mi valiente anciano, le dijo Muza, haz venir á mis walíes y arrayaces; que para mañana antes de el amanecer todos los peones y ginetes granadinos estén prontos fuera de las puertas de la ciudad que dan á la vega; que se avise al rey por si quiere cabalgar con nosotros empuñando su pendon real, y que se apresten cuatro tiros gruesos (1) para entrar en batalla. Mañana vamos á asaltar al enemigo dentro de sus reales.

La alegría brilló en los ojos del valiente Abd-el-Kerim.

—Y bien, emir, le dijo, tus órdenes serán cumplidas, asi te conceda Dios buena ventura.

Y salió.

Muza se ciñó apresuradamente su arnés, tomó consigo el cofrecillo de hierro, montó en Samyel, salió de la Alhambra, y por la puerta de Bib-Ataubin se lanzó en la vega.

Como las seis tardes anteriores, siguióles paso á paso el astrólogo escoltado de sus almoravides, y segun su costumbre se puso á observar desde el agimez vecino la casa de Muza.

Este habia entrado en ella, y por la sétima vez, arrojado á los pies de Schamsul-llemal, le demandaba amor.

Por la sétima vez este amor fue negado con tanta mayor crueldad cuanto habia acrecido el de la jóven hácia Gaston.

—Pues bien, dijo Muza, mi plazo se ha cumplido, y no me queda mas que morir. Mañana asaltaré los reales cristianos, y si no venzo, Allah tendrá piedad de mí. Si muero, eres libre, Schamsul-llemal, la dijo Muza mirándola con los ojos arrasados en lágrimas, y solo te pido que me pagues mi desdichado amor entregando este cofrecillo á la sultana Aixa.

—¡Mañana, señor! dijo Schamsul-llemal conmovida, impulsada por un sentimiento distinto del que le atribuyó el emir en su egoismo de enamorado. ¿Vas á entrar en batalla mañana con los cristianos?

(1) Cañones ó bombardas.

—Sí, contestó Muza; pero Dios que es invencible peleará conmigo, y si triunfo ó sobrevivo, yo mismo vendré á recogerte ese cofre. Toma.

Y entregó á Schamsul-llemal un pergamino, en el que le daba la libertad como señor, á ella que era su esclava.

Schamsul-llemal fijó la vista en el suelo, y se dejó besar una mano en pago de la generosidad del emir, que salió con el alma desgarrada, cabalgó en Samyel y se tornó á la ciudad.

Schamsul-llemal quedó pensativa, llorosa, esperando á Gaston.

Al fin se oyeron pasos en la galería, y el jóven entró en el retrete.

—¡Ah! ¡Gaston mio! dijo Schamsul-llemal arrojándose á su cuello, mañana va á asaltar Muza el real de los cristianos.

—Y bien, dijo Gaston, ¿y qué hay de malo en eso? mediremos nuestras espadas y acabaremos de una vez.

—¡Pero si murieras! observó llorando Schamsul-llemal.

—¡Morir! ¿puedo acaso morir, amándome tú, sol de mi vida?

Un pensamiento luminoso, rápido como el relámpago, pasó por la mente de la jóven.

—No, morirás, dijo con entusiasmo, arrollarás á tus enemigos como la hoz del segador arrolla las mieses, porque yo te haré invencible.

Y se despojó del talisman y lo ciñó al cuello de Gaston.

—Acéptalo, amado mio, por mi amor, le dijo ella; y cuando hayas vencido, vuelve, luz de mis ojos, para que no nos separemos mas.

—¿Y por qué no seguirme ahora? la dijo Gaston.

—No, no, dijo ella, aun no se ha cumplido mi destino. Véte.

Gaston la miró con asombro.

—Sí, véte, insistió ella, mañana es un dia de batalla, y la noche media. Gaston, es necesario que cabalgues al frente de tus arcabuceros. Véte.

Gaston se arrojó en los brazos de Schamsul-llemal, y acompañado de ella llegó al laurel, desató el caballo, despidióse de la jóven con un beso, cabalgó y partió en direccion al real.

Apenas se habia perdido el rumor de la carrera del caballo, y en el momento en que Schamsul-llemal entraba en el retrete, abrióse la puerta de la casa vecina y salió el astrólogo, cortó la sétima hoja de laurel, tornó á la puerta de la casa, hizo una seña y los almoravides salieron.

—Seguidme, les dijo.

Los almoravides, tras de las pisadas del astrólogo, rodearon la cerca del jardin y llegaron al postigo.

—Forzad esa puerta, les dijo.

Los soldados metieron los cuentos de sus fuertes picas de roble bajo ella, y la desencajaron.

Al ruido los esclavos y los soldados de Muza, dormidos solo pàra Gaston por el poder de los hechizos, acudieron á la puerta y se trabó una lucha sangrienta; en tanto, el astrólogo subió presuroso la escalera, entró en el retrete de Schamsul-llemal, presentóse á ella, y se descubrió el semblante.

Schamsul-llemal, desamparada del talisman que la defendia antes de entregarle al capitan Gaston, dió un grito y se desmayó.

—¡Oh! ha llegado la hora, dijo el astrólogo, de vengarme de tí, del rey y del emir.

Y asió de la jóven, arrastróla consigo por las escaleras, bajó al jardin, y seguido de los almoravides que habian desarmado á los esclavos y á los soldados de Muza, sacóla fuera, cabalgó con ella en su asno, tornóse á la torre de Bib-Ataubin, y se encerró con Schamsul-llemal en el mas alto de sus aposentos.

XV.

Al amanecer de aquel dia Granada despertó al ruido de las armas y de los atabales; escuadrones cerrados de ginetes y peones estaban en forma de batalla delante de las puertas que dan á la vega, y los muedenes llamaban á los fieles, no como usualmente, á la oracion, sino al combate.

Y eran de ver los vistosos colores de aquella multitud de banderas, los penachos de los caballos, las galas de walíes y arrayaces, la autoridad de los xeques que ordenaban las haces y el lucido escuadron de almogawares que salieron en pos de Muza, á quien rodeaban sus walíes por la puerta de Bib-al-Malek (1).

Su estandarte rojo conducido por su alférez flotaba orgulloso, manchado con la sangre de cien victorias, y sus walíes Naim-Reduam y Mohamet-Ebn-Zaide, auguraban un triunfo seguro en lo centelleante de su traje, y en lo galano de su apostura.

Cabalgaba el emir en Samyel, ricamente encubertado, sobre su arnés de batalla, con gualdrapas de escarlata; sus armas, su sobrevesta y su alquicel eran las unas doradas, las otras de brocado de oro sobre fondo verde; en su almete ondulaba al viento un airon amarillo en señal de venganza, sujeto con un joyel de esmeraldas y diamantes; en su broquel se leia en caracteres cúficos este mote: *Por ella y por mi esperanza*; y en su diestra, á pesar de que una idea siniestra le hacia enojosa la memoria de Gaston de Vargas, blandia la fuerte pica de batalla del jóven.

(1) Puerta del Rey, hoy puerta Real.

Nada revelaba en el semblante del emir la desesperacion de su alma; su espresion era como siempre serena, magestuosa, llena de la fuerza de voluntad que llevaba con confianza sus soldados al combate; se hallaba en todas partes, atendia á todo, todo lo prevenia, y sin embargo, un infierno de zelos y desesperacion torturaban su espíritu, y un presagio terrible le helaba de espanto.

Del cofrecillo de ágata habia desaparecido la última hoja del laurel de los Siete Siglos.

Dominóse á pesar de todo, y el ejército granadino empezó á desfilar en muestra delante de él, sin que uno solo de sus soldados viese en su semblante otra cosa que la serenidad de un caudillo para quien un combate era una fiesta de armas.

Y pasó ante él Reduan el valiente, ginete en un potro del Atlas vestido á la africana, al frente de un escuadron de mil lanzas zenetes; luego el anciano Ebn-Conixa, mandando á pesar de sus años, otro escuadron de mazas y gazules; el feroz Alí-Atar cubierta la armadura con una piel de leon cazado por él en los linderos del gran Zahara; Atmet-Ebn-Zerah, con un reducido número de leales abencerrajes fieles á su patria; y Alí-Dordux, caballero de gran prez y alcurnia, llevando el estandarte de los masamudes y otros cien caballeros de fama al frente de las tribus.

Y fueron los que pasaron en muestra, en treinta banderas, diez mil caballos, sin contar los almogawares, alfaraces y almoravides que llevaba consigo el emir, é innumerable el número de peones y gente menuda que salieron contra el enemigo.

El dia avanzaba; Muza ordenó sus escuadrones, hizo tocar la zambra, atronaron el aire las trompetas y atabales, y se movió el campo en buen órden, al grito de:

—*¡Le galib ile Allah!* (1).

Por su parte los cristianos, avisados por Gaston, no habian reposado.

Su innumerable caballeria y peonaje, cubrian la vega, que no parecia si no que estaba cortada por una línea de hombres.

Mandaba la caballería Gonzalo Fernandez de Córdova, el ala izquierda de la batalla el marqués de Cádiz y la derecha el conde de Cabra.

Don Iñigo Lopez de Mendoza, ginete en el caballo árabe que le donó Muza, ceñido el jaco y embrazado el broquel, atendia á todo llevando consigo á Gaston, fiero y radiante, sobre un poderoso caballo de batalla, cubiertas las armas con el hábito de Santiago y blandiendo la pica real

(1) ¡Solo Dios es vencedor!

que debia á la amistad de Muza. Y por do quiera que se dirigia la vista se encontraban valientes caballeros: porque asistian allí Hernando del Pulgar el de las Hazañas y Garcilaso de la Vega, que aun tenia la espada roja con la sangre de Tarfe; y el alcaide de los donceles de Córdoba, y el conde Ureña, con don Alonso de Aguilar y otros ciento, todos de los mas nobles señores.

Y se aproximaban lentamente uno á otro los dos ejércitos, y los muros de Santafé, asi como los de Granada, estaban cubiertos de muchedumbre de curiosos, de mujeres y de ancianos que con el alma suspensa esperaban la arremetida.

En tanto, en la torre de la alcazaba el rey Abou-Abdallah contemplaba los ejércitos enemigos avanzando en buen órden, con la misma indiferencia que si asistiese á un torneo.

Al fin los ginetes de entrambas partes aguijaron sus caballos, espesos remolinos de polvo cubrieron la batalla, y al grito de *¡Santiago y cierra España!* por los cristianos, y al ronco clamor de guerra de los muslimes, al son de las trompetas y de los tambores, con las lanzas bajas y las adargas al pecho, cerraron los dos ejércitos, y la tierra tembló bajo los pies de los caballos, y el fragor del choque retumbó en los lejanos horizontes como si se hubiesen encontrado dos montañas de hierro.

Y al principio todo fue confusion, alaridos, torbellinos de polvo y humo; cayeron los mas débiles lanzados de los arzones, rompieron las picas los mas esforzados, cubrióse la tierra de adargas y armas rotas, y sobre todo esto escuchóse el seco estampido de las bombardas y las descargas de la arcabucería.

Y luego los ginetes se arremolinaron y volvieron á tomar campo, y se embistieron de nuevo, y resonaban las espadas sobre los arneses en un martilleo redoblado, estridente, infinito.

Muza se revolvia como un leon furioso: donde tiraba un bote de lanza caia un enemigo: donde tornaba la vista, se posaba la muerte.

Y Reduan Venegas, rota la lanza tenia en su alrededor mas cadáveres que astillas hace el hacha del leñador, y el feroz Alí-Atar era un rayo que llevaba por delante cuanto encontraba á su paso.

Y todos aquel dia fueron buenos caballeros, y no es de contar cuánto el conde de Cabra hendió de yelmos, ni cuántos enemigos tendió el duque del Infantado, y los otros valientes capitanes.

Pero Gaston de Vargas fue fatal al Islam; protegido por el talisman mágico de Shamsul-Ilemal, se lanzó como un huracan sobre los peones muslimes al frente de sus arcabuceros, y al primer choque, aterrados por la terrible pica del capitan que parecia herir por sí sola, envueltos

por la infantería cristiana, huyeron desvandados hácia la ciudad, sin que pudiese contenerlos el bravo Abd-el-Kerin, ni la vergüenza de la fuga, ni el ejemplo de los ginetes que se median con un valor desesperado en el corazon de la batalla, sin perder un palmo de terreno.

Pero la fuga de los peones fue contagiosa: arrastraron tras sí á la caballería, dejaron las banderas, la artillería y las armas arrojadas por tierra á los cristianos, y Muza, como leon herido, sosteniéndose hasta el último trance, vióse obligado al fin á retirarse y entró bramando de coraje en Granada, jurando por Allah no tornar al campo con la infantería.

Dia terrible y de maldicion fue aquel para los muslimes, de ventura y contento para los cristianos.

Las armas del Islam fueron pisadas por sus caballos; sus escuadrones llevaron á lanzadas á los muslimes hasta encerrarlos en la ciudad, les tomaron sus torres de atalaya, y las espadas de Fernando de Córdova, de Hernando del Pulgar, de Garcilaso, de los condes de Cabra y de Tendilla, y otros ilustres capitanes se tiñeron en sangre mora hasta las empuñaduras.

Un solo hombre, mirando el combate desde las torres de la Alhambra, se habia estremecido de alegría por la rota de Muza, en que iba envuelta la ruina de su patria.

Aquel hombre era el infante Sidy Alhamar; teñido el rostro de color cobrizo, desfigurado por una barba sobrepuesta, cubierta la cabeza por una toca amarilla y el cuerpo por un ropon negro.

Junto á él Abdallah el Zogoibi temblaba de vergüenza y de indignacion: el polvo que levantaban huyendo sus escuadrones le daba en la cara impregnado de sangre.

—Quiero saber mi horóscopo, dijo reparando en el infante, Sidy Alhamar y volviéndose á él en un movimiento desesperado.

—Lo sabrás, rey, dijo conteniendo su feroz alegría el infante, pero para eso es necesario que vayas solo y encubierto una hora despues de la oracion de almagreb, al aposento que me has otorgado en la torre de Bib-Ataubin.

Abou-Abdallah miró con estrañeza al infante, pero al fin dijo:

—¡Iré!

El infante se perdió por las revueltas escaleras de la torre, mientras el rey triste, con el corazon desgarrado, fijaba la vista en la vega donde quedaba tendida la flor de sus caballeros.

XVI.

Granada sintió el golpe de aquella rota en medio del corazon, y calló con el silencio del terror que precede á la muerte.

Vió entrar desvandados, cubiertos de sangre y polvo aquellos valientes escuadrones, en quien habia fijado una mirada llena de esperanzas al verles salir aquella alborada, con las banderas tendidas, los rostros alegres y cubiertos de galas como en los buenos dias de Granada.

Cerráronse las puertas temerosos del enemigo que habia llegado hasta ellas, hiriendo en las turbas y dejando tras sí un largo rastro de cadáveres.

Parecia que el sol, horrorizado de tanta sangre, apartaba su vista de la ciudad desventurada, y se velaba con un manto de turbios vapores; las nubes encapotaron el cielo, las calles quedaron desiertas, y un silencio de muerte se apoderó de la ciudad vencida, que esperaba de un momento á otro ver forzados sus fuertes, ó escalados sus muros por el conquistador.

En los adarves, sombríos, silenciosos, apoyados en sus picas, atentos á los movimientos del enemigo, se tendian desesperados los restos del ejército granadino, mientras escuadrones enteros rondaban las calles, ó esperaban al pie de los caballos en las plazas y tras las puertas mas espuestas á la embestida de los cristianos.

El rey se habia encerrado en su alcázar, y en vano Jucef-Ebn-Egas, ilustre caballero y gran privado suyo, y su visir Ebn-Comija, anciano respetable en Granada, pretendieron llegar hasta él. La vergüenza encendia su rostro, el despecho y la rabia desgarraban su alma, y solo, sin tomar alimento, pasó la tarde, que por cierto habia sido nublada y lluviosa, como si el cielo hubiese tomado parte en el llanto de Granada, y vino la noche, oscura, triste, medrosa, deslizando en largas y silbadoras ráfagas el gemido del viento precursor de la tempestad entre los torreones de la Alhambra.

El rey se vistió un traje oscuro acomodado á la tristeza de su alma, se ciñó su mal aventurada espada, envolvióse en un albornoz africano, y abriendo un pequeño postigo del patio de los Leones, salió solo, recatándose como un malhechor, al través de una mina al cerro de Al-Baul (1), bajó las pendientes cuestas que conducen al campo de Abulnest (2), deslizóse junto á las torres de Al-Qars-al Nomsara (3), y perdido en la sombra de un estrecho callejon de la muralla, se dirigió al castillo de Bib-

(1) Hoy de los Mártires.
(2) Conocido por campo del Príncipe.
(3) Se le conoce por Cuarto Real en la huerta del convento de Santo Domingo.

Ataubin, sin que un solo viviente le hubiese encontrado en el camino.

La oscuridad era densísima; el silencio profundo, aunque turbado á veces por la voz de alerta de los atalayas; ni una luz brillaba en los cerrados agimeces; las calles estaban perdidas en una sombría penumbra.

Solamente al través de una saetera abierta en lo mas alto de la torre que guardaba la puerta de Bib- Ataubin, se percibia un resplandor opaco, indeciso, fatídico.

En el aposento mas alto de la torre á que aquella saetera correspondia, bajo sus pesadas y ennegrecidas bóvedas, velaba un hombre.

Era el astrólogo de la toca amarilla, el del semblante teñido de color cobrizo y desfigurado por una barba larga y blanquísima; era el infante Sidy Alhamar, que esperaba envuelto en el misterio de la traicion, el momento de saciar una venganza terrible, heredada por su madre, y alentada por la ambicion de su hermano.

Sentado sobre sus rodillas en una alfombra, teniendo ante sí un cuadrante, en el que estaba arrojado un compás de hierro, al reflejo de una lámpara colocada en un nicho de la pared, que apenas bastaba á romper las masas de sombras recortadas débilmente por su luz, Sidy Alhamar, sombrío, amenazador, escuchaba con una atencion impaciente, desde el punto en que la sombra venciendo el crepúsculo, se habia enseñoreado del espacio.

De tiempo en tiempo se levantaba, tomaba la lámpara y llegaba á un ángulo de la torre, donde sobre un divan, sumergida en un profundo letargo, estaba tendida una mujer.

Aquella mujer era Schamsul-llemal.

Su hermoso semblante estaba blanco y pálido como una azucena marchita; su desordenada y rasgada túnica, parecia revelar que una lucha desesperada habia precedido al estado de sopor en que se hallaba, y al través de sus entreabiertos labios apenas se percibia su débil y penosa respiracion, sin la cual se la hubiera podido creer un cadáver; tal era su palidez y su inmobilidad.

Sidy Alhamar ponia la mano sobre su pecho, y luego aplicaba á su nariz un pono de oro; Schamsul-llemal se estremecia imperceptiblemente, y tornaba á recaer en su letargo.

Despues de esto, Sidy Alhamar ponia la lámpara en su nicho, acercábase á un agimez, le abria y escuchaba con atencion, procurando penetrar con sus miradas hasta el oscuro fondo del callejon, situado al pie de la torre, y desde el cual una escalera conducia á las almenas del adarve, elevado á la altura del aposento en que moraba.

Por aquella parte no habia atalayas ni escuchas; parecia que todo ayudaba á la traicion.

Una de estas veces oyóse ruido imperceptible de pasos al pie de la torre, luego en la escalera de la muralla, percibiéronse despues mas cercanos en el adarve, y un golpe recatado sonó al fin en la puerta que por este lado daba entrada al aposento donde esperaba Sidy Alhamar.

Este se estremeció en un movimiento de feroz alegría, acercóse silenciosamente al divan donde dormia Schamsul-llemal, la cubrió con un alquicel, sacó de debajo del divan el cofrecillo de hierro que habia encontrado junto á la jóven en el alcázar de la Azubia, y la faja por la cual Muza habia descolgado á Schamsul-llemal la noche que la arrancó de su poder, y colocó ambos objetos en el centro de la alfombra junto al cuadrante.

Entre tanto el que llamaba á la puerta repitió por tres veces y sucesivamente con mas fuerza los golpes.

Sidy Alhamar abrió recatadamente el postigo, entró un hombre, y tornó á cerrarse su estrecha puerta con dobles cerrojos.

Detúvose el hombre que habia entrado: era el rey Abou-Abdallah el Zogoibi.

Sobre su semblante pálido estaba pintada una vaga espresion de terror, sus labios temblaban, y sus ojos recelosos escudriñaban hasta los mas recónditos senos de la torre.

—¿Estamos solos? dijo asiendo con una mano crispada la hopalanda de Sidy Alhamar y mirándole con ojos estraviados.

—Sí, señor, contestó el infante, tan solos que difícil seria se nos escuchase aun cuando hablásemos á grito herido.

—¿Tienes preparado mi horóscopo? dijo el rey tomando una alkatifa y sentándose fatigado.

—Sí señor, le respondió Sidy Alhamar; durante siete dias he consultado sobre este cuadrante tu horóscopo, rey; y estos tres objetos son los que representan tu destino.

Y sacó de entre sus ropas un paño de seda que colocó entre la faja y el cofrecillo.

—¿Y qué significa esto? le preguntó Abou-Abdallah.

—Este cofrecillo y esta faja, rey, contestó el infante, son prendas de una mujer adúltera.

Sidy Alhamar posó su mirada en el semblante del rey, y le vió temblar y palidecer.

—Estas siete hojas de laurel, añadió el infante desdoblando el paño de seda donde estaban guardadas y mostrándolas á Abou-Abdallah, son otras tantas hojas de puñal: míralas bien, rey; cada una de ellas repre-

sentan un agravio, y se pueden contar por su órden segun están de marchitas; esta, seca y agostada, es la primera; esta la última, está verde y lozana, pero destila sangre.

—¿Con quién crees hablar, esclavo? dijo el rey levantándose arrastrado por su carácter iracundo; ¿por quién es ese funesto amago de puñales y sangre?

—Por tí, rey; has venido á consultarme tu horóscopo y lo sabrás; no soy yo, es tu destino el que te habla; si no tienes valor, vete.

Y el infante miró sombríamente al rey cuyos labios temblaban de cólera.

—Sigue, dijo reprimiéndose.

—¡Oh! sí, seguiré; pero asienta, rey, porque lo que vas á oir es una historia larga y funesta.

Abou-Abdallah se sentó maquinalmente, y fijó su recelosa mirada de leon en el infante.

—¿Me conoces, dijo éste.

—Sí, tú eres un sabio Africano, contestó el rey, que un dia me demandaste una gracia por medio de mi madre la sultana Aixa; dijísteme que te importaba vivir oculto, y me ofreciste leer mi destino y el de mi pueblo en las estrellas si te concedia un castillo real por morada, y una guarda de almoravides; hé aquí todo lo que sé de tí; has llegado hasta mí algunas veces, te he preguntado, y me has dicho, calla y espera. Nadie ha sabido tu existencia, he esperado, moras en el castillo, y te asiste la guarda: el rey ha cumplido por su parte, falta ahora que el astrólogo cumpla por la suya.

—Noches enteras y apenadoras, dijo Sidy Alhamar con mal disimulada amargura, he pasado á la luz de las estrellas; dias sombríos me han visto sobre este cuadrante, y al fin, rey, voy á mostrarte tu destino; escucha.

Sidy Alhamar calló un momento, y luego con voz lenta y acentuada prosiguió:

—Hace veinte años, rey, que Martos, villa fronteriza entre Jaen y Granada, tenia por alcaide á un señor de Castilla llamado el comendador Sancho Jimenez de Solís.

El infante miró atentamente el semblante del rey, pero ninguna espresion nueva vino á alterarle.

—Y este Sancho Jimenez de Solís, prosiguió el infante, tenia una hija hermosa y doncella en el castillo de Martos, llamada entre los cristianos Isabel, y mas tarde Fátima *Zoraya*, sultana de Granada.

—¡Mientes! gritó el rey, lanzando una sombría mirada al infante;

en Granada no ha habido mas sultana que Fátima Aixa, la madre del rey Mohamet-Abou-Abdallah.

Sidy Alhamar continuó impasible, cual si no hubiese escuchado la réplica del rey.

—Y esta doncella llegó á la edad del amor, y su padre concertó su casamiento con otro caballero cristiano, y se hicieron las vistas en el castillo con grande alegría de juegos y danzas; pero como todo es perecedero y engañador en el mundo, hizo Allah que rotas las treguas que tenia ajustadas con los cristianos el rey Abou'l-Hassan, sus arrayaces cabalgasen las fronteras adelante, y una noche, cuando todo era contento en el castillo de Martos, le entraron á saco los muslimes, dieron muerte al comendador y á los suyos, y cautivaron á Isabel que fue conducida á Granada.

El rey escuchaba visiblemente dontrariado al infante.

—La azucena, continuó éste, fue vista por el rey, y tal era su hermosura que Abou'l-Hassan sintió por ella un amor invencible, y la ofreció su lecho y su corona.

Pero el rey tenia por mujer á la sultana Aixa, nieta del rey Alhaizary (1), princesa de carácter violento, prima suya, que se habia unido á él sin amarle, y le habia dado un hijo, que eres tú, rey, tú Abdallah á quien llama el pueblo el *Zogoibi*.

Y el rey Abou'l-Hassan, escitado por su amor, repudió á Aixa, y se unió á la cautiva cristiana, y la llamó *Zoraya* por su gran hermosura.

Abou-Abdallah, herido en su madre, atajó en este punto el relato del infante.

—¡Por Allah, traidor villano! le dijo; ¿quién te ha revelado mi historia? ¿quién eres tú que asi me echas en cara las faltas de mi padre?

—Te habla por mí tu destino, rey, contestó sombrío Sidy Alhamar, y necesario será que te armes de sufrimiento, porque aun te quedan cosas horribles que oir.

Era necesaria toda la supersticion de Abou-Abdallah para contener su enojo; resignóse al fin, y el infante siguió.

—Aixa supo con furor el casamiento del rey, y juró vengarse, hiriéndole primero en su honor, luego en su amor. Y en cuanto á lo primero, no tardó en cumplir su juramento.

Moraba entonces en Granada un caballero castellano llamado don Diego Fernandez de Córdova, grande amigo del rey Abou'l-Hassan, y en él puso su vista la sultana: ella era hermosa, él jóven y enamorado.

Retirada la sultana en su alcázar del Gallo de Viento, encerrado el rey

(1) El Izquierdo.

en su harem de la Alhambra entre los brazos de Zoraya, tiempo hubo y ocasion bastante para que, manchando su mentido nombre de la Horra (*Honesta*), abriese los brazos al traidor castellano, arrojando una mancha de adulterio sobre la frente de su señor el rey Abou'l-Hassan.

Sidy Alhamar se habia atrevido á pronunciar estas palabras bajo la influencia de la terrible mirada del rey, fija en sus ojos, amenazadora, sombría, centelleante.

—¡Mientes! gritó furioso Abou-Abdallah lanzándose al infante.

—Aquí están las pruebas, contestó éste poniendo la mano sobre el cofrecillo de hierro.

El rey, contenido por su propio furor, le arrancó de las manos de Sidy Alhamar, contempló ávidamente los blasones grabados en su tapa, la arrojó contra el muro, y se lanzó sobre el retrato y los pergaminos que rodaron de él.

—¡Un cristiano! esclamó, ¡por Allah que esta horrible impostura ha de producir torrentes de sangre! ¡por Eblis! añadió devorando el contenido de los pergaminos, ¡palabras y juramentos de amor! ¡y esta es la escritura de la sultana! ¡de mi madre! ¡de la esposa del rey Abou'l-Hassan!

No habia lugar á dudar; las pruebas del adulterio eran claras, precisas; Sidy Alhamar sonreia ferozmente, empezando á gustar su venganza; el rey se habia dejado caer sobre la alkatifa, cubriéndose el rostro con las manos.

—¡Mas pruebas! dijo al fin encerrando en su alma toda la amargura que aquella revelacion le habia causado en su amor de hijo y en su honor de rey; mas pruebas.

Sidy Alhamar devoró su feroz alegría, y añadió:

—De aquel torpe amor, perdido en las sombras del misterio, nació una hija; esa hija está aquí.

Y fué al nicho y tomó la lámpara, y luego llegó al divan, levantó el alquicel, y mostró al rey la jóven aletargada.

Abou-Abdallah tembló al reconocerla, la amaba como todos los que tenian la mala ventura de ver sus ojos, y olvidándose de todo, esclamó:

—¡Muerta!

—No, rey, vive, contestó Sidy Alhamar; pero he preferido que el beleño cierre sus párpados, á que hubiera podido oir revelaciones que solo deben existir entre el destino y tú.

El rey se inclinó sobre la jóven, la tomó una mano, y esclamó conmovido:

—¡Oh! ¡señor Allah! ¡era mi hermana!

—Sí, contémplala bien; rey, observó el infante. Es la misma frente de tu madre, su misma espresion, su semblante entero, pero mas bello, porque es mas jóven, y porque es fruto de un amor inmenso, sin igual, ardiente como el sol africano.

El rey hizo un esfuerzo, se separó del divan donde dormia Schamsullemal, y dijo al infante.

—Acaba de una vez, hechicero, porque tus palabras son puñales, y quiero beber de un solo trago el tósigo de mi destino.

—Esa niña creció cuatro años oculta en el misterio de los recónditos retretes, en las anchas y lejanas pe-

[illegible] los caballos y apoyados en las pica

[illegible] el silencio al rechinar de su armadura y

[illegible] Gaston á pie, llevando del brazo á Schams

[illegible] mas despiertos y de tiendas mas ricas, pajes, escude

[illegible] Gaston llegó hasta el centro del real, y á la puerta de

[illegible] —¿Duérme ya su alteza la princesa doña Isabel?

[illegible] —Asomó [illegible]

—Está en la tienda de su alteza la reina, capitan Gaston, le contes

reconociéndole.

El jóven siguió adelante y al través de guardas, caballos y pajes, llegó hasta la tienda real.

—Capitan Velasco, dijo á uno de los caballeros que estaba de guarda; demanda audiencia para un asunto importante á sus altezas en nombre del capitan de caballos, Gaston de Vargas.

El viejo soldado lanzó una mirada maliciosa á Schamsul-llemal que estaba enteramente cubierta por su velo, otra al traje árabe del jóven, y entró en la tienda. Poco despues tornó.

—Sus Altezas te conceden audiencia, capitan, le dijo.

Gaston arrojó sus riendas y su pica á un soldado, levantó el tapiz de la tienda y entró con Schamsul llemal.

En el fondo de ella, sentadas en sillas de alto resplandor en un retrete formado de los tapices multitud de damas, ocupadas en labores mujeriles, estaban en torno de otra ya de edad madura, de semblante noble y grave aunque dulce, vestida con un severo traje negro y cubierta la cabeza con una toca.

Esta mujer, ante la cual se inclinó Gaston doblando una rodilla, y tras el cual se inclinó tambien Schamsul-llemal, era la reina doña Isabel I de Castilla, que se ocupaba en bordar una tela de brocado de oro.

Apoyado en el sillon, armado de punta en blanco, habia un caballero departiendo con una hermosa jóven, que ociosa é indolente se reclinaba en el sillon próximo al de la reina.

El jóven era el príncipe don Juan, hijo de los reyes, la dama la princesa de Portugal doña Isabel.

Hablaban en voz baja, la reina callaba, y sus damas guardaban un silencio respetuoso, que se alteró empero al penetrar en la tienda Gaston y Schamsul-llemal.

Gaston besó la mano que le presentó afablemente la reina, y sin levantar la rodilla, dijo á la princesa doña Isabel.

—Nueve dias han trascurrido, señora, la dijo, desde que prometí á vuestra Alteza sacar de Granada un sol, y el sol está aquí.

Dicho esto, alzóse y presentó á la reina y á la princesa á Schamsul-lemal que echó atrás su velo.

La reina, adusta y severa siempre, no pudo contener su admiracion ante la hermosura y la juventud de la niña, y la princesa, arrastrada por un movimiento simpático, se levantó, la asió de las manos y la contempló sonriendo, satisfecha, mientras las damas murmuraban, dando rienda á la femenil envidia.

—¡Oh! sois un cumplido caballero, Gaston, esclamó la reina, teneis tiempo para arremeter en nuestro servicio como un rayo de muerte contra los infieles, para recoger presas reales en los palacios de nuestros enemigos y para robar á su amparo la mas hermosa de las damas granadinas

—¡Oh! sí, muy hermosa, dijo la princesa; ¿cuál es su nombre, capitan?

—Isabel, contestó en buen castellano Schamsul-llemal anticipándose á Gaston.

—¡Cristiana! observó la reina, ¡castellana tal vez! ¡oh! ven, ven niña, la dijo llevándola consigo hácia otro apartamiento de la tienda, y vos, capitan, id; yo me encargo de vuestra prisionera.

Inclinóse Gaston y Schamsul-llemal siguió á la reina, no sin cambiar con el jóven una ardiente mirada de amor.

La princesa sorprendió aquella mirada.

—¿Os amais? dijo sonriendo y recatadamente á Gaston.

—¡Oh! señora, es mi porvenir, dijo la jóven, y á su alteza la reina y á vos señora, confio mis esperanzas.

—Id descuidado, Gaston, dijo la princesa tendiéndole la mano.

Bésola el jóven é iba á salir, cuando penetró en la tienda un caballaro en la flor de su edad, de grave y severo continente, cubierto de un armadura milanesa.

Detúvose ante él Gaston, le saludó, sacó de su escarcela el pergamino de que era portador.

—Dispensadme, señor, le dijo, pero debo entregaros estas letras que ha traido para vos de Granada á las primeras á atalayas, un moro.

Este caballero era don Diego Fernandez de Córdova, conde de Cabra.

Tomó el pergamino, miró el sello encarnado y palideció.

—Esperadme, capitan Gaston, le dijo, fuera de la tienda.

El capitan salió, el conde de Cabra se apartó por cortesía á un lado y rompió los hilos de seda que enrollaban el pergamino; dentro de él venia otro mas pequeño escrito con tinta azul en pequeños caracteres árabes, al paso que el primero escrito en castellano, decia:

«Cristiano: mi hija, segun acabo de saber por el rey y mi señor, mi hija, que como sabes, he llorado tantos años creyéndola muerta, es conducida á Santafé por un capitan cristiano á quien ama; que su alteza, olvidando el odio que como reinas y enemigas nos separa, sea una madre para la hija que Allah en sus iras aparta de mi regazo.—*La sultana Aixa.*»

La palidez del conde creció, y trémulo, conmovido, se dirigió á la princesa Isabel.

—Asi Dios bendiga á vuestra alteza, señora, la dijo, ¿podreis decirme dónde se halla su alteza la reina?

La princesa dió á besar su mano al conde, y le indicó el apartamento donde Isabel de Castilla habia entrado con Schamsul-llemal.

El conde se lanzó sin otras palabras hácia él, levantó el tapiz y entró con gran admiracion del príncipe don Juan y de las damas que lo tuvie-

ron á desacato, y tanto mas, cuanto á poco oyeron sollozos, el crugir la armadura del conde como al dejarse caer sobre un sitial, besos reprimidos, y una voz entrecortada que esclamó:

—¡Hija mia!

Necesaria fue la autoridad de la princesa para reprimir el escándalo y las murmuraciones de las damas, que inclinaron las cabezas sobre sus labores y se restableció el silencio.

Y asi pasó una hora; al cabo de ella oyóse junto al tapiz la voz de la reina que dijo con imperio:

—¡Mis damas!

Dejaron cuatro de ellas sus labores y entraron; media hora despues levantóse el tapiz, y apareció la reina llevando de la mano á Schamsul-llemal, precedida del conde de Cabra y de sus damas.

Schamsul-llemal habia sido despojada de su túnica oriental, y sobre sus redondas formas se ajustaba un traje de terciopelo negro; las trenzas de sus cabellos habian sido deshechas, su peinado, semejante al de la reina, estaba cubierto por una toquilla de brocado con borlas de perlas y sobre su seno pudorosamente cubierto hasta el nacimiento de su cuello, prendia el precioso collar mágico de brillantes.

Parecia haber ganado la hermosura de la niña con aquel severo atavío; la blancura de su tez, realzada por el negro color de sus ropas, era imponderable, sus ojos relumbraban como luceros, y sus cabellos, rodeando en anchos pabellones su semblante, afrentaban el brillo del oro de su toca.

El conde de Cabra la contemplaba estasiado, y la reina estaba visiblemente conmovida.

Todos los circunstantes se levantaron como previendo un acaecimiento solemne, y la reina dijo en alta voz á los pajes que velaban en la puerta:

—Haced entrar al señor capitan Gaston de Vargas.

Instantáneamente el jóven entró y dobló una rodilla ante la reina, conteniendo un grito de admiracion, causado por el cambio operado en Schamsul-llemal.

Esta estaba tambien conmovida y silenciosa.

—Alzad, capitan, le dijo Isabel, la reina de Castila os nombra su escudero, y os dona seis mil maravedís en arras de vuestro enlace con la infanta doña Isabel de Granada, de cuyo dote nos encargamos.

Y señaló á Schamsul-llemal.

—Vos, don Diego Fernandez de Córdova, conde de Cabra, decid al rey de Aragon, mi señor, que mañana, despues de la misa, apadrinada

por mí y por mi hijo el príncipe don Juan, será bautizada por nuestro confesor don fray Hernando de Talavera, la prometida del capitan Gaston de Vargas. Que Dios os guarde, caballeros.

Tras esto, el conde de Cabra y Gaston besaron la mano á la reina, y salieron; el jóven loco de alegría, y el conde pensativo y conmovido.

El capitan montó á caballo, corria á su tienda, y solo allí con su pensamiento pasó una noche de insomnio y de delirio.

El conde de Cabra entró al par en la suya, despidió su servidumbre, y se puso á leer el pergamino escrito en árabe.

«Cristiano, decia: la sultana Aixa te ama aun, te ve en sus sueños y ruega á Allah por tí; la hija de la sultana está en el real de Santafé y ama á un capitan de tus reyes: conozco á ese jóven, es noble, valiente, generoso y merece unirse á ella. ¡Que se unan, pues! Pero que ella ignore siempre de quién es hija.

«Estoy deshonrada; la pruebas de mi desdichado amor han sido presentadas al rey por los hijos de mi implacable enemiga. Ven á verme, cristiano, ven á verme esta noche. Un esclavo mio te espera en la fuente del Pino y te conducirá por lugar seguro hasta mí. Pero si está escrito que no podamos vernos, que al menos tu mano poderosa separe el odio de mis enemigos de sobre la frente de mi hija; que vivan lejos de ella, y que cuando Isabel de Solís, á quien tengo en mi poder, se presente á tus reyes sea desterrada al interior de Castilla, porque con ella vive la traicion. Adios... te espero.»

El conde guardó cuidadosamente este pergamino, y solo, sin paje ni escudero, montó á caballo, salió del real, y se encaminó al sitio donde le citaba la sultana.

Al amanecer tornó, entró en la tienda de la reina, y no salió de ella sino para asistir al solemne bautismo de Schamsul-llemal.

Cuando llegó á los reales Zoraya, libre ya por la sultana Aixa, los reyes la recibieron con frialdad, y la confinaron á Guadix, pretestando convenir asi á su servicio.

Zoraya recibió el golpe y se arrepintió, aunque tarde, de haber hecho traicion al pueblo en que habia sido reina.

Ocho dias despues el capitan Gaston de Vargas vió realizados sus sueños al recibir por esposa de manos de los reyes á Schamsul-llemal, que desde aquel dia se llamó la infanta doña Isabel de Granada.

XIX.

Lo que estaba escrito se cumplia; Muza habia sido vencido, y la bandera del Islam si flotaba aun sobre las torres de la Alhambra, era al embate del viento de la desgracia.

El cristiano dilataba ya su ojo hambriento, y de antemano se repartia aquella tierra y aquella ciudad, sustentadas durante tantos reinados con sangre en el campo de batalla de las fronteras.

El desdichado emir, encerrado en su alcázar, no era ya el mismo guerrero de corazon imperturbable, ánimo esforzado y ardiente amor á su pais. Era un pobre loco en cuyo pensamiento vivia continuamente un fantasma fascinador radiante de hermosura, de ondulante túnica y cabellos impregnados de ambrosía; veíale en sus sueños, fingíasele en las caprichosas formas de las nubes, entre las hojas de las flores, en el fondo de las aguas, entre las tinieblas y al través de la luz; era un pensamiento fijo, insensato, superior en él á sus creencias, á su honor.

Y él, tan noble, tan valiente, tan leal, tan hermoso; él por quien una reina hubiera suspirado de amor; él, último caballero del Islam en España, se consumia como una encina herida por el hacha del leñador, seca una á una las hojas de sus robustos brazos.

Llegaba la noche, y entonces, obedeciendo á un pensamiento fijo, bajaba á las caballerizas, arrojaba sobre las espaldas de Samyel su caparazon de batalla, cabalgaba en él de un salto, salia de la Alhambra, y al través del cerro de Al-baul, se lanzaba á toda carrera sobre el camino de la Azubia, llegaba á su alcázar, ataba su caballo al laurel, y subia al retrete que habia ocupado Sclfamsul-llemal.

Y allí, sobre aquel divan que todavía guardaba la huella del cuerpo de la jóven, desvelado, loco, con el rostro unido al sitio donde ella solia sentarse, pasaba una tras otra noche de lágrimas y de desesperacion,

Una alborada, la del dia veinte y cinco del mes que llaman agosto los cristianos, tornaba el emir á Granada.

La mañana era diáfana; el sol inundaba con vapores dorados la ciudad, la vega y los distantes horizontes; Muza detuvo su caballo en la cumbre de un collado, y miró con los ojos arrasados de lágrimas á Granada.

—¡Oh! ¡desdichada ciudad! esclamó, ¡paraiso de los fieles! ¡hermoso kan de Occidente, donde el mozo cansado respira aura de vida, si de cruzar acaba los arenales de Africa! ¡Granada de rubíes! ¡perla del Islam! ¡sin mi funesto amor ¡oh! no profanaria el cristiano tus alcázares, ni secaria la sed de su garganta el agua de tus fuentes!

¡Oh! ¡pero yo no lo veré! continuó con acento conmovido. ¡Tú cae-

rás, ciudad de las maravillas, pero contigo caeré yo, y mi nombre quedará escrito con sangre, ignorado y desconocido bajo los escombros de tus alcázares!

Muza inclinó la frente, y por un movimiento de desesperacion y de valentía, levantóla colorada por el furor, y tendió su poderosa vista sobre la vega en direccion al real de Santafé.

Entonces, ya cercana, vió levantarse en el camino de la villa de Armilla una nube de polvo, su despierto oido percibió clamor de trompetas, y luego un lejano y confuso rumor causado por la carrera de muchos caballos.

El emir ocultó su caballo entre un tallar, y á pie, recatándose, bajó junto al lindero del camino de la Azubia, se ocultó á la orilla de un arroyo entre una espesura de juncos y espadañas, y esperó.

No tardó mucho en oirse mas cercano el galopar de los caballos, y luego, como impulsado por el torbellino, pasó junto á Muza un escuadron de cristianos entre una nube de polvo.

Muza reconoció á su frente al duque de Cádiz, tras él, entre Gaston de Vargas y el conde de Cabra, la reina Isabel de Castilla sobre una hacanea, en otra la infanta doña Juana, y entre las damas una mujer que arrancó de su garganta un grito, perdido por su fortuna entre el rudo galopar de los caballos.

Era Schamsul-llemal, deslumbrante, hechicera, radiante de felicidad, rigiendo con su delicada mano, envuelta entre las hacaneas de las damas, un fogoso potro cordobés.

—¡Oh! ¡aun es tiempo! esclamó el enamorado Muza; la reina será buenas rehenes para Granada, y ella, ¡oh! ella volverá á dormir en mis alcázares.

Pasó en tanto el escuadron cristiano, y Muza salió recatadamente de entre las espadañas, llegó al tallar, desató á Samyel, saltó sobre su espalda, clavó los acicates en sus hijares, y partió veloz como un rayo en direccion á Granada.

En tanto los cristianos llegaron á la Azubia, sorprendieron á los pocos soldados que la guardaban, y la reina, la infanta, Schamsul-llemal y las damas acompañadas de Gaston, del duque de Cádiz y del conde de Cabra entraron en la espesura de laureles, despues de haber puesto atalayas avanzadas en torno de la villa.

La reina, escitada por la relacion de Schamsul-llemal de la hermosa vista que desde allí presentaba Granada, *trazó una travesura real* (1),

(1) Palabras originales de Bermudez de Pedraza: *Historia Eclesiástica de Granada.*

y acompañada del príncipe don Juan, de la infanta doña Juana, de sus damas, entre las cuales iba Schamsul-llemal, y de los principales caballeros del real, con mil y doscientas lanzas mandadas por el duque de Cádiz, llegó al fin á fijar sus ojos en la ciudad enemiga.

Y en verdad que nunca ensueño tan hermoso habia halagado su pensamiento de reina conquistadora; los resplandecientes Alijares con sus cúpulas altísimas, la Alhambra con sus torreones rojizos, y su alcázar cubierto de pizarras doradas, que lanzaban destellos de fuego heridas por el sol, la alcazaba con sus fuertes muros y sus altivos cipreses, el cerro Al-baul cubierto de higueras de Túnez, sobre las que descollaban los cedros de Palestina y las palmeras de Africa, las vertientes de las colinas cubiertas de blancas casas, entre las cuales flotaban las verdes frondas y los vistosos jardines; al pie de esto la vega, tendida á los pies de la ciudad, y surcada por rios y acequias, como una alfombra de mil colores con pasamanos de plata á los pies de una dama: y luego las distantes sierras perdidas en vapores fantásticos, tras las cuales se levantaba un cielo azul como el zafiro, iluminado con la luz de los ojos de Dios; todo esto éra un espectáculo nuevo, maravilloso, que estasiaba á la reina y la hacia suspirar por el dia en que su pendon ondease sobre aquel castillo, que guardaba como un vigilante atalaya aquel jardin de delicias.

Y si la reina se retiraba un momento del agimez y fijaba la vista asombrada en los alicatados del retrete, en sus tapicerías de seda y oro, en su alfombra de Persia, en sus divanes de púrpura, en sus labores de oro y azul, en su cúpula de cedro, ébano y nácar, ansiaba posar sus ojos en los maravillosos aposentos de la Alhambra, ó en las caladas galerías del palacio de Dar-la-roca (1).

Pero de repente el grito de ¡alerta! seguido del de ¡á las armas! de los atalayas penetró en el retrete; la reina palideció, las damas se desmayaron, Schamsul-llemal corrió á la reina, y los condes de Tendilla, de Alcaudete y de Montemayor se pusieron en forma de pelea, con los rostros vueltos á Granada, mientras el duque de Escalona, el conde de Ureña, don Alonso de Aguilar y Gaston de Vargas con algunos soldados, asistian á la reina, desnudas las espadas, y los pajes y escuderos, que tenian la yegua de la reina y las hacaneas de las damas, se ocultaron medrosos en lo mas espeso del bosque de laureles (2).

Muza, con seis mil ginetes y dos bombardas, restos de la rota anterior, habia salido de Granada con la velocidad del relámpago y se habia

(1) De la Novia.

(2) Aun se señala hoy por tradicion el sitio donde estuvo durante la batalla la yegua de la reina.

lanzado rabioso, con sed de vengar cumplidamente el ultraje pasado, sobre la Azubia.

La reina ordenó al duque de Cádiz procurase evitar el venir con los moros á las lanzas, pero no fue posible; Muza se lanzó como el vendabal sobre los cristianos; crugió la artillería, una nube de sangriento polvo voló sobre la Azubia, y los cristianos, apretando los puños y las picas, lidiaron con el valor de la leona que defiende su cubil.

Por tres veces Muza se abrió paso entre las enhiestas lanzas hasta el alcázar, y por tres veces el genio enemigo de su fortuna, lo rechazó dando maravilloso brío á las espadas castellanas; por tres veces al sentir tan cercano el alarido del combate, prometió la reina á San Luis, santo de aquel dia entre los nazarenos, edificar un convento en aquel mismo sitio, si la libraba de sus enemigos.

Y la pelea seguia encarnizada; gemia el aire, herido con los furiosos golpes, temblaba la tierra bajo los disparos de la artillería y los pies de los caballos, y todo era gritos, lamentos, golpes y confusion.

Al fin, el destino, enemigo del emir, dió la victoria á los cristianos, cuando el sol se ponia tras los montes de Occidente entre ráfagas de sangre, desbandóse la caballería, perdieron las bombardas, quedaron muertos por tierra seiscientos moros, y con pérdida de mil cautivos, Muza tornó á Granada defendiéndose como un leon hasta sus puertas, y perdiendo con su última esperanza la honra y el amor.

Estaba escrito; Granada debia caer, y los crímenes de sus reyes traian sobre ella el terrible castigo de Allah.

Vinieron las sombras y con ellas mas escuadrones al mando de Gonzalo Fernandez de Córdova.

Tornóse á su arrimo en órden de pelea la reina con sus damas al real de Santafé, habiendo pagado con un terrible susto el placer de haber visto á Granada á los primeros rayos del sol desde uno de los collados mas rientes de la vega, y un alcázar, bello como los sueños de los hijos del desierto.

Tal fue el funesto fin de la batalla de la Azubia, tras la cual, pocos meses despues, debian abrirse á los soldados de la Cruz las puertas de Granada.

XX.

Con este postrer revés de la fortuna, menguaron de todo punto las esperanzas de los muslimes, al paso que crecia el ánimo de los cristianos.

Muza, desesperado ya de todo auxilio, vencido por una, dos y tres veces, encerrado ya por su mala ventura en el último recinto de su des-

ISABEL LA CATÓLICA HACIENDO UN VOTO Á SAN LUIS.

BIBLIOTECA REGIONAL DE MADRID
Comunidad de Madrid

tino, ni acudia á nada, ni pensaba en otra cosa que en morir como cumplia á su linaje, el mismo dia en que la bandera de Ismael fuese lanzada por el conquistador de las almenas de la alcazaba.

Hasta entonces, si bien el enemigo asentaba su real á la vista de Granada, habia quedado espedita la comunicacion con las Alpujarras, y se recibian abundantes mantenimientos de toda la comarca de Jebel-Solair (*Sierra Nevada*): pero llegó la luna de muharran (1) y Gonzalo Fernandez de Córdova estrechó el cerco, tomó todas las avenidas, y los habitantes, encerrados dentro de sus muros, empezaron á sentir el hambre, padecimiento cruel á que por la bondad del suelo no estaban acostumbrados, y que, debilitando sus ánimos, les hizo pensar en avenencias con los enemigos.

Rasgóse entonces el velo que cubria durante mucho tiempo miserables traiciones, supo el pueblo que su mismo rey trataba de la entrega, y se desalentó: reunióse el consejo, y en vano Muza les apostrofó poniéndoles por delante el amor de la patria, la fe de muslimes y el honor de caballeros.

Todo se habia perdido; estaba escrita la ruina de Granada, y se cumplia.

Una noche el capitan Gonzalo Fernandez de Córdova, el secretario Fernando de Zafra y otros cinco caballeros cristianos, entraron por una mina en la Alhambra, y encerrados en la torre de Comares, hicieron secretamente las capitulaciones de la entrega de la ciudad.

Amaneció el dia fatal de la deshonra de Granada.

El ejército vencedor avanzó hasta las márgenes del Genil, y Abou-Abdallah vino á prosternarse ante sus señores los reyes de Castilla y á entregarles aquella ciudad que no debia haber perdido sino con la vida.

Despues, con las lágrimas en los ojos y la pena en el corazon, cabalgó al frente de sus últimos cincuenta caballeros, y tomó al escape como si hubiera pretendido huir de su deshonra, por el camino de las Alpujarras.

Era entonces el punto del dia en que el sol empieza á descender en la estacion de los frios dos horas antes de la oracion de almagreb (2).

El desdichado rey aguijaba su caballo temeroso de escuchar el grito de victoria de los cristianos: pero de repente hendió los aires el estruendo de la mosquetería, el son de las trompetas, el redoble de los atambores y el alarido de todo el ejército vencedor; el desdichado tornó involuntariamente los ojos á su Granada, y sobre la alcazaba sus ojos velados por lágrimas vieron tremolar los pendones cristianos.

(1) Noviembre.
(2) Las tres de la tarde.

Lo que estaba escrito se cumplia; la bandera del Islam habia sido rota por los campeones de la Cruz.

Y aguijó el rey desterrado y vencido su corcel, y avistó á su familia dándole alcance en el repecho del alto del Padul.

En su cima se abria una estrecha quebradura, desde donde se alcanzaba á ver por última vez á Granada; el rey descabalgó, miró por postrera vez su alcázar, inclinóse y esclamó, con el rostro unido á la tierra, el corazon desgarrado y los ojos llenos de lágrimas:

—¡Allah-Kuakbar (1).

—Sí, llora como una mujer, le dijo con desprecio la sultana Aixa; llora, ya que no supiste defender tu reino como hombre.

La desesperacion, la vergüenza, el dolor, secaron las lágrimas en los ojos de Abou-Abdallah, cabalgó en su caballo, le arrimó furioso los acicates, y el bruto se lanzó con tal ímpetu á la carrera, que dejó señaladas sus herraduras en la roca como hasta hoy se parecen.

El rey y su comitiva se perdieron al fin á lo lejos entre las neblinas de la tarde.

Desde aquel dia, los moros, en memoria de esta tristísima despedida, llamaron á aquel ojo de lágrimas del alto del Padul Feg-Allah-Kuakbar, y los cristianos el Suspiro del Moro.

. . . . . .

. . . . . .

Y antes de que el conde de Tendilla tremolase la enseña de Castilla y Aragon sobre las torres de la alcazaba cuando el ejército vencedor avanzaba al través de la vega, en la cumbre de la cordillera del cerro del Sol, inmóvil como una estátua de hierro, se veia un ginete sobre un caballo inmóvil tambien, con las orejas enhiestas y la vista fija en el ejército cristiano.

El hombre era Muza Ebn-Abil-Gazan, y el valiente corcel Samyel, el leal compañero del emir en el peligro y en la desgracia, el inteligente animal que parecia presentir el dolor de su dueño, y que como él, tenia la mirada fija y centellante en la vega.

El emir, con la boca seca y entreabierta, los ojos áridos y rojos, el pecho agitado por una respiracion violenta, pálido, desencajado, con la pica fuertemente apretada entre sus manos, permaneció inmóvil, silencioso, sin apartar la vista del ejército que avanzaba en paso de arremetida; pero cuando vió abrirse las puertas de la torre de los Siete Suelos y salir al rey Abou-Abdallah, cuando su wisir Ebn-Comija entregó las llaves de

(1) ¡Grande y poderoso Dios!

la ciudad al conde de Tendilla, entonces un grito terrible, amenazador, insensato, brotó de su garganta, sus ojos rodaron ferozmente en sus órbitas, blandió en el aire su terrible pica, y apretando los acicates á su corcel, gritó:

—¡Samyel! ¡Samyel! ¡tú que eres veloz como el rayo, vuela! ¡vuela hácia ellos! ¡ha llegado la hora de morir con la patria! ¡vuela! ¡vuela!

Y el corcel se tendió á la carrera, devoró el espacio, y se lanzó como una saeta en direccion á la Alhambra.

Pero parecia que á medida que Samyel avanzaba, la Alhambra, la ciudad, la vega huian con doble velocidad: una neblina opaca, oscura, se desplegaba entre ellos y los ojos de Muza, y al fin la niebla lo envolvió todo.

Y el emir apretaba con nueva furia los hijares de Samyel, y Samyel volaba exhalando relinchos de dolor, y Muza gritaba entregado al frenesí de su alma.

—¡Samyel! ¡Samyel! ¡á ellos! ¡vamos á morir! ¡vuela! ¡vuela!

Y Samyel, el generoso animal, volaba á pesar de su cansancio; volaba con los hijares cubiertos de sangre, dejando tras sí un rastro de blanca espuma, y desherrados los cascos.

Al fin su carrera fue menos rápida; como una saeta pierde la fuerza lanzada á larga distancia, y cayó muerto de fatiga á los pies de su señor, que habia descabalgado sintiéndole desfallecer, y siempre hasta su último momento, fiel compañero de su señor, fijó en él su postrer mirada.

Muza contempló un momento á Samyel con amargura, arrojó sobre él su pica y su espada, y adelantó entre los sepulcros de un sombrío bosque.

Era el mismo donde habia penetrado algunos meses antes con el corazon lleno de fuerza y de esperanza; el mismo de donde habia salido pensando en la salvacion de su patria.

Delante de él andaba un hombre negro, envuelto en una túnica de púrpura, ceñidos los cabellos con una corona de fúnebre ciprés y una espada rota en su mano.

Muza, siguiendo á aquel hombre, llegó al alcázar de los muros negros y las almenas de diamante, abrióse la puerta á su llegada, y entraron en el retrete octógono, cuyos muros estaban cubiertos de inscripciones sangrientas y trofeos de guerra.

Muza se estremeció; estaba en el alcázar de los Siete Siglos; cada uno de los ancianos dormia reclinado en su divan, teniendo al lado su espada sangrienta y desnuda.

Entonces pasó por la mente del emir su desventurado amor, que le costaba su patria y su gloria; sus ojos se llenaron de lágrimas, y aun allí en la tremenda hora de su juicio, todo palideció en él ante el recuerdo de Schamsul-llemal.

El hombre que le habia precedido, se adelantó hasta el centro del retrete, y esclamó con voz severa.

—¡Despertad, hermanos mios, despertad!

Los siete viejos se pusieron de pie, y empuñaron sus espadas.

El pendon de la cruz, dijo el octavo hermano, ondea sobre las torres de la Alhambra, y la bandera del Islan ha sido rota antes de que yo pueda plantar mi laurel en la colina de la Azubia.

Los siete viejos vieron á Muza, y adelantaron hasta él, estrechando el círculo con las espadas de punta, hasta tocar su cuerpo.

—¿Qué has hecho del poder que te dimos? le dijo el mas viejo con voz atronadora.

—Le he perdido, contestó Muza sin estremecerse ante las espadas.

—Vas á morir, le dijo con acento terrible el viejo.

—Eso deseo, contestó Muza con un acento desgarrador, pero que sea entre los cristianos, á la luz del sol, que todos sepan que he muerto por mi patria.

—¡No! contestó el viejo; sin tu insensata pasion tú hubieras vencido á tus enemigos, hubieras alcanzado al fin el amor de Schamsul-llemal, hubieras sido feliz y poderoso, la historia hubiera guardado tu nombre en su libro de oro, y nosotros hubiéramos besado en la boca á nuestra madre en sus alcázares de perlas de los mares.

Y como si el recuerdo de tanto bien perdido hubiese sido una señal de muerte, los siete viejos hundieron sus espadas en el pecho de Muza, que cayó pronunciando el nombe de Granada y de Schamsul-llemal.

Todo estaba concluido.

El ruido atronador de unas potentes alas aterró á los ocho hermanos. Estremecióse el aire, derrumbóse el alcázar y el arcángel Azrael envolvió retronando en el estremo de su túnica á los ocho siglos y al infortunado Muza; cruzó los aires envuelto en el torbellino, y soterró los nueve cadáveres bajo el laurel de la Azubia.

Algunas noches, cuando el aguacero y la tempestad azotan las torres de la Alhambra suele verse á la luz del relámpago, un ginete árabe que corre en torno de ella.

Es Muza Ebn-Abil-Gazan que aguija á su corcel Smyel y le grita:

—¡Samyel! ¡Samyel! ¡á ellos! ¡vamos á morir! ¡vuela! ¡vuela!

Pero todo desaparece, y solo se escucha allá á lo lejos entre los ge-

midos del torbellino, una voz doliente que se pierde murmurando.

—¡Granada! ¡Schamsul-llemal!

Pero desde entonces los cristianos gozan á Granada, y aun los ojos del árabe lloran en su destierro.

Desde entonces la voz del mueden no llama á los fieles á la oracion y solo se escucha el clamor de la campana en el templo cristiano.

Alabanza á Dios que ensalza y humilla á los poderosos; á él, que es solo; inmutable sobre todas las cosas, de cuya voluntad penden los reinos y los orbes, y cuya justicia rige los destinos humanos.

EPILOGO.

Hemos concluido nuestra leyenda, de lo que por cierto no nos envanecemos, y no escribiríamos una palabra mas, si no previésemos que puede existir algunos de nuestros lectores que si no lo decimos en letra de molde nos pregunte: «¿Qué fue de esto? ¿qué fue de aquello?»

El convento se elevó sobre las ruinas del alcázar de Muza, junto al laurel que hoy llaman de la Reina, con la advocacion de San Luis, y de la órden de San Francisco poco tiempo despues de la conquista de Granada.

Gaston de Vargas y Schamsul-llemal, con el nombre de doña Isabel de Granada, vivieron felices lo que Dios fue servido, protegidos por el talisman maravilloso (se ignora qué se haya hecho de este talisman), y la voluntad de la sultana Aixa fue cumplida á par que su venganza, puesto que Gaston creyó siempre que su mujer era una hada bajada para él del sétimo cielo; y que Zoraya, ó si mejor parece Isabel de Solís, murió dos años despues de la conquista de una fiebre lenta, maligna y estraña.

Por aquel tiempo el rey Abou-Abdallah venció al de Castilla los Estados que éste le habia concedido en las Alpujarras, pasó á Africa con su familia, y murió algunos años despues en batalla en el vado de Bacuba del rio Wadilswa, defendiendo al rey de Fez Ahmet-Ebn-Merini contra dos jerifes rebeldes.

En cuanto á los infantes Sidy Yahye y Sidy Alhamar se bautizaron el uno con el nombre de don Fernando y de don Juan el otro, y al fin, cansados de la inutilidad de sus esfuerzos, dejaron su venganza contra Schamsul-llemal y Gaston, como dejo yo la pluma asaz cansado y poco satisfecho de mi obra. Vale.

FIN DEL LAUREL DE LOS SIETE SIGLOS.

PLANTILLA PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.

	Pags.
Yo soy el primer siglo de la dominacion árabe en España.	16
Mírame bien, yo soy Muza Ebn-Abil-Gazan. . . .	62
Se arrojó sollozando á los pies de Schamsul-llemal. .	112
Isabel la Católica haciendo un voto á San Luis. . . .	152

Biblioteca Regional
de Madrid Joaquín Leguina
1345712